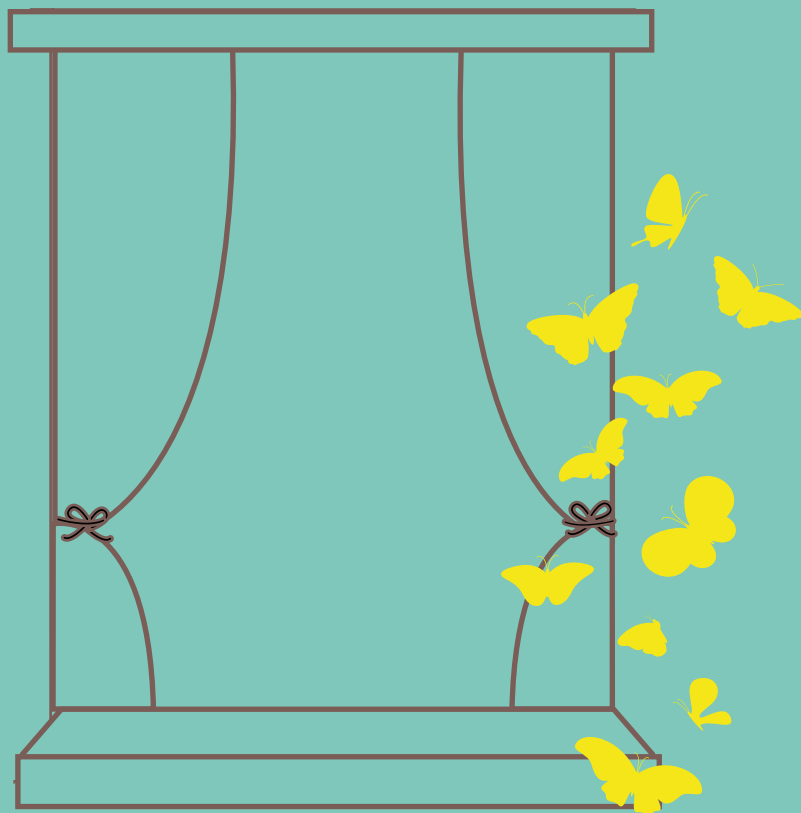


VIVIR EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Cuentos y ensayos



Jennifer Lorena **Ibáñez Hernández**
Federico **Sanri**
Giovanny Ulises **Camargo Venegas**
Heidy Vannesa **López Rondón**
Luis Alberto **Guerrero Peñaranda**
Diego Alejandro **Moreno Ramírez**
Anny Natalia **Cicero Riaño**
Steven Alejandro **Villalba Caballero**
Alex **Dueñas Peña**



VIVIR EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Cuentos y ensayos

Jennifer Lorena **Ibáñez Hernández**

Federico **Sanri**

Giovanny Ulises **Camargo Venegas**

Heidy Vannesa **López Rondón**

Luis Alberto **Guerrero Peñaranda**

Diego Alejandro **Moreno Ramírez**

Anny Natalia **Cicero Riaño**

Steven Alejandro **Villalba Caballero**

Alex **Dueñas Peña**



UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO
BOLÍVAR

Primera edición, julio de 2021

© Federico Sanri, Giovanni Ulises Camargo Venegas, Heidy Vannesa López Rondón, Jennifer Lorena Ibáñez Hernández, Luis Alberto Guerrero Peñaranda, Alex Dueñas Peña, Anny Nataly Cicero Riaño, Steven Alejandro Villalba Caballero, Diego Alejandro Moreno Ramírez

© UNIVERSIDAD COLEGIO MAYOR DE CUNDINAMARCA

Sello Editorial Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
Carrera 13 No. 38- 29, Edificio San Juan, noveno piso
selloeditorial@unicolmayor.edu.co
www.unicolmayor.edu.co

Corrección de estilo

Juan Alberto Blanco Puentes

Diagramación

Sello Editorial Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

Bogotá, Colombia.

ISBN: 978-958-5198-08-1

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materias del Derecho de autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer sin contar con la previa autorización de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

Contenido

Prólogo	7
I. Cuento	
Pam Demia, el nombre de la amante <i>Jennifer Lorena Ibáñez Hernández</i>	11
Una maravilla de mujer <i>Federico Sanri</i>	13
La calle de los lamentos rojos <i>Giovanny Ulises Camargo Venegas</i>	17
En descenso <i>Heidy Vanessa López Rondón</i>	23
El resumen de la vida <i>Luis Alberto Guerrero Peñaranda</i>	25
II. Ensayo	
Cobayas humanas <i>Diego Alejandro Moreno Ramírez</i>	31
La pandemia y la adaptación al cambio <i>Amy Natalia Cicero Riaño</i>	35
Cambios inesperados <i>Steven Alejandro Villalba Caballero</i>	39
Desafíos para el currículo en la pandemia y post-pandemia <i>Alex Dueñas Peña</i>	41

Prólogo

«Querido amigo, toda teoría es gris, pero es verde el áureo árbol de la vida», subraya Goethe a través de Mefistófeles en su reconocida obra *Fausto*.¹ Nada más cierto cuando se evidencia, en los cinco cuentos y cuatro ensayos que conforman este libro, la cruda realidad de la coyuntura sanitaria mundial, que superó todas las proyecciones y teorías. Aquí se recogen los textos ganadores en primer y segundo puestos, en sendas modalidades de narración, además de los otros finalistas del Concurso Institucional de Escritura “Vivir en tiempos de pandemia”, realizado en el mes de abril de 2021.

El Centro de Escritura Telar de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca realiza anualmente la “Semana de la Diversidad Lingüística”, con el ánimo de reflexionar sobre la importancia de la lengua como recurso fundamental de conocimiento, entendimiento y expresión de los sentimientos, las tradiciones, los valores sociales, la ciencia, el arte y la cultura. En esta oportunidad, a partir del lema que identificó las diferentes jornadas “Leer y escribir en tiempos de pandemia” se convocó al Concurso Institucional de Escritura con el propósito de crear un espacio para expresar puntos de vista, narrar historias, intercambiar ideas, materializar líneas de pensamiento, imaginar otras posibilidades e invitar a la comunidad a reflexionar sobre una experiencia trascendental que ha comprometido a la humanidad: la pandemia de la COVID-19.

Para la selección de los textos finalistas se contó, en primera instancia, con dos jurados internos quienes, como se estipuló en las bases del concurso, escogieron

¹ Goethe, J. W. (2009). *Fausto*. Espasa-Calpe.

las propuestas que cumplieran con los requisitos fijados para las dos modalidades, cuento y ensayo. Con posterioridad, en la definición de primer y segundo puestos, participaron cuatro reconocidos escritores de varias nacionalidades (Gabriela Rosas de Venezuela, Carlos Vallejo de Ecuador, y Jorge Osbaldo y Juan Alberto Blanco de Colombia), quienes, con su valoración y acompañamiento durante la jornada de premiación, el miércoles 21 de abril de 2021, animaron a la comunidad para la lectura de los textos con sus valiosos conceptos.

Mediante el registro, a partir del cuento y el ensayo, de aquello que nos pasa y nos sigue ocurriendo “en tiempos de pandemia”, estos nueve escritores, entre los que se incluyen estudiantes, docentes, funcionarios y egresados de la institución, nos demuestran con su capacidad creativa, argumentativa y vital que la palabra abre puertas para decir lo que otros callan, unir lazos, sensibilizar ante la indiferencia, acercarnos en medio de historias parecidas, imaginar mundos posibles o, tal vez, cambiar nuestra percepción frente a lo que vemos y oímos... todo ello, sin duda, suma mucho verde al árbol de la vida.

Para el equipo de profesores del Centro de Escritura Telar —Sandra Uribe Pérez, Daniel Jaramillo García y yo— es satisfactorio saber que, a pesar de las distancias, de la virtualidad y las circunstancias, podemos compartir tantas inquietudes y preocupaciones sobre la naturaleza, la vida y la sociedad, a través de la lengua que nos une, nos dice y nos brinda una ocasión para el diálogo. Una vez más, expresamos nuestras felicitaciones, queridos ganadores y finalistas, por atreverse, comprometerse, concursar e inspirar con su actitud y su palabra a otros lectores y escritores, en la perspectiva de entablar el diálogo que nos hermana.

Nuestra gratitud a las directivas de la Institución por el apoyo permanente a la labor de coadyuvar a que se conozca la producción de la comunidad e impulsar las incursiones literarias y académicas de los autores, especialmente, al Dr. Pablo Emilio Garzón Carreño, por su comprometido acompañamiento desde la Vicerrectoría Académica, para hacer de este libro un tejido que hoy se puede en-red-ar en los ojos, las manos y el corazón de tantos lectores.

Clarena Muñoz Dagua

Docente líder Centro de Escritura Telar
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

I. CUENTO

Pam Demia, el nombre de la amante

Jennifer Lorena Ibáñez Hernández

¿Qué puede ser peor que salir un día sin sombrilla? Que ese día sea lluvioso... ¿y peor que eso? Que el pronóstico atmosférico te lo haya advertido y tú no hayas hecho caso... ¿Algo peor? Un desamor en tiempos lluviosos... ¿Algo peor que peor? Un engaño amoroso por un tiempo lluvioso. ¿Algo más? Que el tiempo lluvioso sea el/la amante de tu ex pareja y se llame Pam Demia.

La ley de Murphy postula que si algo puede salir mal, saldrá mal. Esta es una gran excusa para volverse fiel espectador del canal del pronóstico del tiempo, conocido regionalmente como canal clima o similares, según tu ubicación en el globo terráqueo; estas personas saben acerca de prevención de riesgos y deberían ser premiadas por eso, desde este lado del mundo, mi más grande admiración, espero algún día poderme sentar a navegar por canalclima.com para aprender a escuchar las señales atmosféricas y, de algún modo, convertirme en profesional de la prevención de desamores y especialista en atención de las señales del engaño.

Antes de exponer a Pam, es importante que reconozcas dos tipos de personas: los “Hoy lloverá según el pronóstico” y los “Eso tal vez ni llueva” y adivina qué, me encuentro en la segunda categoría, cuando se tiene toda la esperanza de que el clima va a mejorar, las señales atmosféricas con mirada maliciosa gritan: “¡No nos retes!” y, luego... cae la primera gota.

Pam llegó de forma inesperada a nuestras vidas, como un rayo que al caer anuncia la llegada de una lluvia torrencial; al principio su presencia me era molesta e

inoportuna y cómo no, si yo era tan otoño y ella tan invierno, como esas lluvias que parecen huracán arrasando con todo a su paso; y yo, como esos vientos en otoño que duelen al pasar, esas hojas frágiles que el mínimo roce estruja, o el suelo árido en donde ha dejado de florecer y ahora solo se ven las grietas. Cada gota de Pam Demia era aleteo de mariposa en la teoría del caos, ritmo sosegado para mi ex, lejanía emocional y física para mí y, como en cualquier engaño la o el amante le ofrece al amado o a la amada una luna de queso... quien ha vivido en un mundo con árboles secos encuentra fascinante el cielo, aunque nublado, siempre más cerca que un árbol de la luna.

Sucedió rápido, entre mi pareja y yo dejaron de existir, primero los itinerarios, luego las citas, los cafés, las llamadas, y más luego... el tiempo y las ganas, había siempre una Pam, una clase, un compromiso, un padre, una hermana, un amigo, una salida, una entrada, una excusa, una disculpa que nos separaban. Las conversaciones pasaron de ser sobre la vida a ser sobre Pam, Ella siempre en el medio, arruinando planes y haciendo los suyos, cambiando rumbos, prioridades y anhelos. Por esos días odié a Pam y, aunque sabía que por culpa de ella se habían roto muchas cosas en mi vida, también sabía que no podía competir con lo que era, tan misteriosa como astuta, batallé tanto en vano contra ella, que al final hice lo que el dicho dice: “Si no puedes contra tu enemigo, únete”, dejé en la banca del último tren rumbo a mi estación, eso que la gente llama esperanza y, con ella las ilusiones, las promesas, el idilio y el amor. No importa lo rápido que Pam cautivó a mi ex, porque mi mayor venganza es el placer de haber reído y llorado tan genuinamente con la intensidad y la pasión que le destinamos al amor.

Ahora entiendo el encanto de Pam, no cualquier amante te conecta de nuevo contigo mismo, te permite ser, te desnuda hasta tu más grande miedo, te abraza en momentos en los que eres puro dolor y ansiedad, ahora entiendo que hay lluvias que reconfortan, lluvias que son oasis y, otoños que son desiertos.

No sé si algún día pueda perdonar a Pam, solo los peores enemigos te arrebatan de esa forma el amor, pero algo sí sé y es que me enseñó lo que necesitaba aprender, fue el engaño amoroso más doloroso que jamás alguien me ha hecho y aun así lo agradezco; mientras Pam y mi ex se revolcaban las almas en una cama de contemplaciones, yo tomaba largas duchas empapándome los pensamientos de porqués; horas y horas bajo la lluvia cálida de mi baño, recordando las veces que salí sin sombrilla en un día lluvioso con previo aviso de los pronósticos atmosféricos, en los zapatos de Pam, entendiendo la seducción de las lluvias, evocando el recuerdo de estar vivo y sin sombrilla en medio del centro; solitaria y empapada... enamorada..., pero no de Pam, ni de otro amor, sino de mí.

Una maravilla de mujer

Federico Sanri

Después de seis meses de pandemia y catorce años de matrimonio, Zaira Abril decidió divorciarse sin temor a las consecuencias. De la relación quedaban dos hijos preadolescentes, con un futuro tan incierto como el de la economía del país después del COVID-19; y un pequeño apartamento en un segundo piso, del que aún faltaba pagar cinco años de una hipoteca refinanciada, con la que habían cancelado casi el doble del valor inicial, solo en intereses. La separación afectaría también a Cirilo, un gato perezoso con el que aparecieron los niños una tarde y que, a pesar de los reclamos de su padre, se quedaría finalmente viviendo con ellos en la casa.

A pesar del dolor que producía la separación, la decisión era irrevocable. Que, producto de una sociedad mojigata y solapada, lista para lanzar piedras al pecado ajeno ignorando los propios, su marido le hubiera sido infiel, no la asombraba; tal vez, hacía mucho tiempo que lo compartía con otra, sin saberlo, en medio de la rutina y las excusas fáciles de la vida antes de la pandemia... “que me voy a ver con unos amigos”, “que el jefe me pidió quedarme hasta la madrugada”, “que me voy de retiro con la empresa”, etc. Sin embargo, lo que realmente la había llevado a tomar la decisión no era la infidelidad, más que comprobada, sino que la creyera tan inocente como para no darse cuenta.

Todo había comenzado al segundo mes de encierro, luego de comprobar que los decretos de confinamiento se sucedían unos a otros sin prometer tener fin. En medio del pico y cédula, el pico y género, la primera y segunda ola de contagio, las falsas promesas de vacunas milagrosas y la renovada fe en remedios ancestrales contra el nuevo mal, como la moringa y el eucalipto, el mundo se había

transformado en una reclusión perpetua, a la que su esposo había decidido responder poniéndose a hacer ejercicio y practicando clases de Kung fu Shaolin en línea, con un conocido suyo que, por una mezcla de compasión y amistad, lo había aceptado como discípulo.

Después de un mes, si bien los resultados se notaban y, el peso de Ernesto Saldarriaga, su marido, había disminuido, lejos se encontraba de la imagen mental que él sostenía de sí mismo. Aunque se había quitado más años en su imaginación que en su biología, se debía aceptar que su tardía jovialidad de cuarentón adolescente le había traído un nuevo aire a su relación con los niños y a la pasión atrasada de la alcoba, por lo que el tercer mes de encierro fue una renovada luna de miel en mayo, que la señora Abril agradeció en cuerpo y alma.

Los problemas habían comenzado al cuarto mes, cuando comenzó a escaparse de casa. La ventana abierta que, en las noches, era el punto de fuga y retorno de Cirilo para sus aventuras felinas en los tejados del conjunto, era usada también por Ernesto para escabullirse entre las sombras de la media noche. Regresaba únicamente a la madrugada, al principio con una energía impresionante que ni siquiera lo dejaba conciliar el sueño unas horas más, hasta las nueve, cuando comenzaba su jornada laboral frente al computador —ahora trabajaba más en la casa que antes en la empresa—. Después se le fue notando el cansancio y, al final a duras penas lograba conciliar su vida normal con sus pecados nocturnos. Luego llegaron los moretones, rasguños y demás efectos de la relación sadomasoquista que sostenía y que hacían sufrir a Zaira Abril con un silencio indigente, que jamás se atrevió a sofocar en una andanada de preguntas que, sabía, acabarían con su hogar.

Al sexto mes decidió no aguantar más, pero antes de terminar definitivamente la relación y reinventar la vida como lo exigían su dignidad y las circunstancias, asediada por la angustia del futuro sin él, enfrentando la estrecha economía familiar, las necesidades de los niños, la hipoteca inconclusa y, hasta la comida del gato, decidió atraparlo con las manos en la masa, o en el látigo, porque no imaginaba qué tipo de mujer podía propinarle a su esposo semejantes golpes en medio del encuentro carnal.

Así que esa noche, fingiendo un dolor de cabeza, se acostó más temprano que de costumbre, con una sudadera ajustada, los tenis puestos y un tapabocas en el bolsillo, dispuesta a seguirlo hasta más allá de la vida, de ser preciso, para gritarle en la cara el dolor insoportable que llevaba aguantando durante dos eternos meses. Entonces lo vio salir de la habitación y ponerse un extraño traje negro con una máscara que le cubría la mitad del rostro y que acababa en dos orejas puntiagudas encima de la cabeza. Largos guantes negros y un calzoncillo del mismo color puesto por encima de la ropa, además de una capa, remataban el ridículo

atuendo. No había duda, su marido se había vuelto fetichista, o la amante lo era, o los dos. No importaba, se hallaba a solo unos minutos de la verdad.

Y así fue como Zaira Abril persiguió a su esposo por los oscuros callejones del barrio periférico en el que vivían desde hacía años y, sin saber a qué horas, se encontró de pronto en uno de los paraderos del SITP más peligrosos del sector, con fama de asalto seguro después de las once de la noche. Allí vio a su esposo esconderse encima del techo y esperar. Ella, detrás de un poste sin luz, refugiada entre las sombras de la madrugada, vio entonces pasar a una mujer que caminaba nerviosa, sosteniendo su bolso, y casi al mismo tiempo a un hombre de aspecto malevo, que le seguía los pasos y quien la interceptó a pocos metros del sitio donde Ernesto aguardaba escondido. Después de un breve forcejeo y un grito de auxilio, Ernesto se había descolgado del techo para ayudar a la víctima. Si fue el impacto de su presencia o la sorpresa que generó en el agresor el traje, que ya no parecía ridículo, sino imponente, poco importó, el ladrón huyó corriendo despavorido... y la mujer, también, pensando que Ernesto era otro asaltante. Al final la alcanzó, la tranquilizó y luego la acompañó a la puerta de su casa, entonces regresó y subió de nuevo al techo del paradero.

No había duda, Ernesto se había vuelto loco, y ella no iba a permitir que esto siguiera ocurriendo. Al llegar la siguiente noche, justo antes de salir por la ventana, Ernesto se encontró con su esposa vestida como la mujer maravilla. Zaira Abril, simplemente le dijo: “Ya es hora”.

La calle de los lamentos rojos

Giovanny Ulises Camargo Venegas

Mi abuelita solía decir que de todos los colores el rojo era su menos favorito, pues aunque nos rodea al nacer y sin darnos cuenta lo portamos, cuando se muestra hay que asustarse o huir. Era muy pequeño y no comprendía aquellas palabras, pues hasta el momento, mucho de lo más valioso y simbólico en mi vida estaba pintado de rojo: la rechinante puerita de nuestra finquita, el grano que nos daba el sustento y, el hermoso atardecer que vi aquel día, horas antes de que demonios con camuflados verdes y armas entraran a la fuerza a nuestra casa, malignos que portaban pañoletas de esa tonalidad de la que hablaba la abuela, dejando ver solo sus ojos saltones e inmisericordes. Aquella noche nos fue robada la dignidad, la inocencia, nuestro hogar y nuestro hermano mayor, quien, en medio de aquel mismo color, parecía estar tomando una siesta, de esas que siempre acostumbraba, cuando había temporada de recolección y, el trabajo era arduo. Salimos con escasas maletas, mi madre, mi hermanito de 5 años y, yo con 10 años.

Nuestras hermosas montañas verdes, adornadas con altos árboles, de conciertos gratuitos y constantes con canciones, sirirís, mirlos y pitihues en la mañana, cigarras y grillos en las noches y, de gallos en las madrugadas, las tuvimos que cambiar por lomas terracota, empolvadas, lodosas y, cuyas canciones eran estruendos que casi siempre sonaban tarde. Odiaba mi vida allí, pero era todo lo que teníamos, para empezar una nueva vida. Mi mamá siempre salía a trabajar de noche, pues nunca encontró un empleo en el día, aunque nunca nos decía en qué trabajaba, sí nos dejaba durmiendo y se aseguraba de que jamás nos acostáramos con hambre. Siempre me pregunté si no le daba frío al usar esas faldas tan cortas.

Durante dos años vivimos de esa forma, hasta que mi mamá consiguió empleo en una oficina de abogados, ayudando a ordenar documentos (era la única en su familia que había conseguido graduarse del bachillerato), parecía que ahora la vida nos comenzaba a sonreír. Por fin estaría en la noche con nosotros; hablaba de irnos a un barrio plano, al menos pavimentado y donde hubiera un parque en el que no tuviéramos miedo de jugar. Pero la dicha no duró mucho, luego de un par de meses viendo, todos los días, en nuestro viejo televisor, las noticias, acerca de un virus en Asia y Europa, se anunció su llegada a nuestro país y, la declaración mundial de pandemia (una palabra que había aprendido en el colegio público donde con mucho esfuerzo, mami nos tenía estudiando) y, una cuarentena en la que para no enfermarnos, todos debíamos quedarnos encerrados en casa; yo le tenía terror a ambas palabras. Quizá para muchos niños esto iba a ser como unas vacaciones anticipadas, no tener que madrugar y estar con el profesor al frente, incluso mi hermanito llegó a alegrarse, pero para mi mamá y para mí, que sabíamos lo que implicaría, era algo serio. Teníamos miedo de que, ante una eventual crisis, no pudiera conservar su nuevo empleo.

Tal y como lo temíamos, en la oficina le comunicaron que sus servicios ya no iban a ser requeridos, me lo dijo entre lágrimas, pero tratando de hacer silencio para que no se enterara mi hermanito. Se había esfumado toda posibilidad de realizar lo planeado para nosotros. Teníamos la esperanza de que todo acabase en los primeros quince días que inicialmente se anunciaron, pasábamos el tiempo tratando de buscar soluciones, no podíamos salir a donde los comercios principales funcionaban para intentar vender o comprar cosas para rebuscarnos; expectantes, ante el reinante silencio sepulcral de afuera, como si un monstruo invisible estuviera al acecho, vigilando que alguien saliera de su madriguera para devorarlo. Entonces decidimos esperar con esperanza de nuevas noticias, ahorrando el mercado que afortunadamente quedó en la despensa. Al acabarse la primera quincena decretada, nos encontramos con que iba a durar dos semanas más, esto fue fatal para nosotros y nuestros vecinos, quienes en su mayoría subsistían de su diario trabajo informal. Vivíamos en una casa demasiado humilde, que nos alquiló un conocido de mi mamá, en una cuadra empinada repleta de casas iguales a la nuestra y con casos similares al nuestro: Doña Rita y su esposo también fueron desplazados a la fuerza, vivían de vender tinto y helados en frente de un colegio. Doña Rubiela cosía ropa en una fábrica a cargo de un jefe miserable, que le pagaba un mísero sueldo, su hijo desapareció hace algunos años, yendo a trabajar a una fábrica de jabón, al sur de la ciudad (cerca del municipio donde residimos). Doña Emelia trabajaba aseando casas y tenía un niño en condición especial que dependía de ella. Así como ellos, la cuadra estaba llena de casos, víctimas de masacres y atentados y, de seguro el barrio entero al que despectivamente llamaban “invasión”, como si las personas

hubieran tenido otra opción desde el principio, una diferente a huir y entre todos, refugiarse de la bestia inclemente: la guerra, que los obligó a estar allí.

Sin internet, sin dispositivos móviles, sin conocimientos más que los que permitían rebuscarse, abandonados, rechazados, ignorados y ahora encerrados, parecía que la vida daba una nueva estocada a las personas que allí residíamos, tal cual matador al toro, mientras otros se burlan y festejan, válida comparación, pues el gobierno había asegurado unas ayudas que esperábamos con ansia, pero que nunca llegaron, y hacía gala de sus logros en un show televisivo, llenando nuestros oídos con falsa esperanza, que igual no la despertaba en nosotros, porque habíamos vivido en carne propia la realidad de este país y la desidia de sus dirigentes.

Pasaron muy pocos días para que en las modestas y opacas ventanas de mis vecinos comenzaran a izarse trapos y bayetillas rojas, como si alguien desde el cielo fuera a bajar para socorrernos y aliviar el hambre y la desesperación (cualidades primigenias de una verdadera crisis) a quienes ilusamente las colocábamos, cual 20 de julio. Una vez más ese color marcó una etapa dolorosa en mi vida, no podía ver a la ventana sin sentir cómo aquella cuesta de ranchitos humildes, ahora repleta de trapos rojos, vibraba en mis ojos recordándome la suerte con la que estaba marcada mi existencia y la de mi familia, pensamiento un tanto egoísta al estar rodeado de historias similares o peores a la mía. Mi mamá comenzó a trabajar de nuevo en la noche; en lo que estaba tan feliz de haber dejado y que ahora la pandemia la había obligado a hacer de nuevo, igual que alguien al ser tomado de la nuca y empujado a la fuerza a la habitación. Al menos en ese tiempo no nos faltó el alimento, llenábamos con lo mínimo nuestras despensas, cuando era su turno de salir, ya que ella no quería que saliéramos para no exponernos; sin embargo, sí era riesgoso para ella.

Unos días después algo grave sucedió: mi hermanito, que se había estado sintiendo mal y sin ánimo, comenzó a inhalar con demasiado esfuerzo, como si hubiera corrido demasiado. Desperté a mi mamá, pues había trabajado toda la noche y, al ver que no podía detener su crisis salió con él en brazos, ante la mirada curiosa de nuestros vecinos a través de la ventana, yo corrí a su lado, no quise dejarla sola. Lejos estábamos de cualquier medio de transporte, la cuesta se había puesto lodosa, pues había llovido en esos días; ese momento nunca lo podré olvidar: la dificultad para bajar, el rostro agonizante de mi hermanito, la mirada desesperada de mi mamá, los sonidos de los perros callejeros y los gritos del hijo de doña Emelia (quien lo hacía cuando tenía momentos de crisis), junto a las banderas rojas que ondeaban en cada casa de la pendiente que íbamos descendiendo y que parecían sollozar conmigo. Miré el cielo grisáceo y sentí que se desmoronaba sobre nosotros, el oscilante rosario de madera que mi madre

llevaba y lo único que pensé en aquel momento fue: ¿por qué? ¿por qué todos nos abandonan? Mi padre nos abandonó, el Estado nos abandonó y ahora parecía que Dios también nos estaba abandonando.

Llegamos a un hospital público, pero había demasiadas personas esperando por una cama, las desventajas de no tener una atención privada. Mi mamá no tuvo de otra más que hacer una llamada, que no alcancé a oír, al rato vinieron por mi hermano y lo trasladaron en ambulancia para una UCI.

Afortunadamente se pudo recuperar, todo esto gracias a la ayuda del señor Aníbal. Mi mamá me contó que, una noche mientras hacía su trabajo, ella ayudó a un hombre que había sido apuñaleado por delincuentes, cuando rondaba por la calle en la que ella trabajaba (seguía sin contarme qué hacía). Lo ayudó con su herida mientras conseguían un transporte y luego se fue con él a un hospital. Este hombre le contó su historia: era un abogado recién separado, frecuentaba aquella zona para desahogarse y mitigar su tristeza; a su vez mi mamá también le contó la nuestra y de cómo resultamos en una ciudad tan grande y salvaje. Salvó su vida, favor que él le había prometido devolverle con lo que fuera humanamente posible para él.

Don Aníbal fue quien la ayudó para que ingresara al bufete donde él laboraba, fue la única persona a quien ella pudo llamar aquel trágico día y él, sin ningún problema, nos dio la mano; nos rentó una casa de su propiedad a un precio económico, la cual quedaba en un barrio plano tal y como mamá quería, le regaló un computador y la ayudó a regresar al bufete para que pudiera laborar desde casa. Justo en el momento en el que había perdido la fe, parecía que un ángel realmente había venido a ayudarnos, como si las tormentas fueran necesarias para sentir el verdadero alivio de la paz. Gracias a mis resultados en la carrera que estudié logré una beca completa y terminé mis estudios; hoy en día soy profesional y tengo mi propia empresa y me aseguro de brindarle el mejor bienestar a cada uno de mis empleados, desarrollé un odio visceral hacia el color rojo; evito vestirlo, usarlo en enseres e incluso mirarlo en el semáforo cuando conduzco mi carro.

Mi historia y la de mi familia tal vez tuvo un desenlace feliz, sin embargo, es solo una historia, una casita en una cuadra repleta de penurias, en un barrio, en una ciudad, en un país. Regresé al vecindario donde viví, pensando que podía hacer algo por mis viejos vecinos. El esposo de doña Rita falleció porque no le brindaron asistencia médica a tiempo; doña Rubiela encontró a su hijo en una fosa común, una víctima entre los más de 6000 falsos positivos que se comprobaron en su momento; y doña Emelia, bueno, ella no se dejó derrotar y logró sacar a su niño adelante. ¿Cuántas súplicas no fueron escuchadas a tiempo? ¿Cuántos barrios y asentamientos informales tendrán que seguirse creando año tras año? ¿Hasta cuándo las personas comenzarán

a preocuparse por el dolor y las penas de los demás, en vez de cubrir con memes su indiferencia y acolitar el triunfo de aquellos que auspician todo esto? Vienen más pandemias, está claro, solo tengo la esperanza puesta en que el pueblo termine de abrir los ojos y que esta vez ya no haya más calles repletas de lamentos rojos.

En descenso

Heidy Vanessa López Rondón

“[...] con una fuerte depresión de ánimo únicamente comparable, como sensación terrena, al despertar del fumador de opio, la amarga caída en la existencia cotidiana, el horrible descorrerse del velo. Era una frialdad, un abatimiento, un malestar del corazón, una irremediable tristeza mental que ningún acicate de la imaginación podía desviar hacia forma alguna de lo sublime” (Poe, 2010).

Ocho, doce, treinta y cinco o ¿quizá ciento nueve? Hace mucho, los días se escurren entre la cama, la ventana, el café y la angustia. Condenada a cruzarme conmigo más veces de las que quisiera, apenas logro aguantarme, los recuerdos ya están raídos de tanto andarlos, y el techo no soporta un balazo más de esta mirada penetrante.

¡Buenos días, señor Sol! Todo va bien, nada por qué afanarse, a excepción de la calentura en cada poro, el martilleo en mi buen juicio y el embrollo en las entrañas que casi consigue la asfixia, de no ser por el hedor que expele el alma y que invade mi olfato, sospecharía que el maldito virus halló una nueva morada. ¡Pero qué ingenua! Si ya carcome mi cordura, sin siquiera palpar mi integridad.

Avanza la mañana, busco escape en agua tibia, me despojo de cada prenda y, ahí estoy de nuevo, se tiñen de rojo las paredes y el espejo se cubre de óxido, la sangre asciende a la cabeza y la boca se colma de bilis, la respiración cuesta y el pecho se comprime entre las costillas y el no sé qué, que desde hace un buen tiempo me arranca la paciencia.

¡Aparte esa mirada inquisidora! Lo hago lo mejor que puedo, con chillidos íntimos y embusteras sonrisas manifiestas. “Pero no le falta nada, todo lo tiene”. ¡Cállese de una vez por todas! Yo también siento pena de sentir pena, como diría Kase O, pero le juro que duele porque sangra y sangra porque duele, en medio de las tripas, donde ya no pasa la luz del sol.

Anochece por fin, benditas sábanas frías para el bochorno que se carga dentro; a oscuras parece no arder tanto y el hormigueo es casi placentero, “¿en que instante me dejé seducir por las profundidades?”, en palabras de Sandra Uribe. La sangre aún hierve en mi cabeza y la melancolía todavía gruñe en mi pecho, pero me regocijo en ello, esta terquedad es un deleite que embriaga, mañana vendrá la resaca.

Hoy en día, aún no escampa; las diferentes restricciones empleadas para prevenir la propagación de la pandemia por COVID-19, promueven el aumento en factores de riesgo que agudizan la ocurrencia de suicidios y deterioran cada día más la salud mental, como lo manifiesta Andrea López.

El resumen de la vida

Luis Alberto Guerrero Peñaranda

Paula se despierta todos los días a las cinco de la mañana, pero con ayuda de su abuelo.

—Hijita, despiértese que ya son las cinco —dice don Román. Quince minutos después llega con un tinto y le ofrece. Toca la puerta antes de entrar. ¡Toc! ¡Toc!

—Sí, siga —responde ella y recibe el tinto—. Gracias, abuelito.

La vida en tiempos de pandemia, era así para ella, la misma rutina durante cinco días. Despierta a las cinco, a las nueve empieza la clase, hasta las doce descansa, luego almuerza, retoma estudios a las dos de la tarde, termina a las cinco, exhausta de estar el día entero sentada frente a un computador parlante que hace de profe de ciencias, profe de mate, Carlitos, Julianita, video de YouTube, Facebook, Instagram, trabajos en grupo y parciales estresantes; hasta el momento su computador y su abuelo eran la única relación social en su carrera de ingeniería.

Al principio muchos la criticaron por continuar, le decían: «¡Pero, cómo va a gastar la plata para seguir estudiando! ¡Compre un mercado, piense! ¿No ve que se está acabando la comida? ¡Todo se fue al carajo! ¿Usted sí aprende así?». Esa era su familia, los que la criticaban, la acribillaban con su “malgastadera de plata para la educación”. Por un momento creyó que tenían razón. ¿Para qué seguir estudiando si el mundo se iba a acabar? Todos se estaban muriendo. El único que la apoyó fue su abuelo, el abuelito querido que la amaba, era su orgullo. Paula Andrea era todo para don Román. ¡Vaya alguien llévele la contraria! Ese viejo la defendía a capa y espada.

—Hijita, ya son las cuatro. Hoy tienes evaluaciones, ¿no?

—Sí, abuelito. Gracias.

Don Román era un hombre disciplinado al extremo, todos los días se levantaba a las tres de la mañana sin problema alguno; detestaba la pereza. Su nieta, Paula, estaba siendo guiada por el mismo camino. Paulita era la mejor en su clase, a veces le iba mal, pero porque no poseía esa capacidad que tenían sus compañeros para retener la información tan rápido, ella tenía que repetir y repetir.

—¡Juepucha! —exclamó su tío en la habitación contigua— ¡Increíble! Dizque ya un millón de muertos, en Ecuador colapsó el sistema de salud. Estamos mal, muy mal —cada vez que lo decían, eran reproches directos a Paula. Ellos tuvieron que racionar la comida, perdieron el trabajo, el único sustento era la pensión del abuelo. A Paula no le dieron el bono alimenticio y, muchos lo añoraban, realmente lo necesitaban; cada desayuno, almuerzo y comida era una pelea segura; todos contra Paula. El abuelo se cansaba y los callaba con un gesto, una mirada seca y autoritaria.

Eran las seis de la mañana, Paula se despertó tarde, no tenía nada que hacer, así que no se preocupó.

—¡Dios mío! —exclamó su tío—. Alcanzamos el pico de contagios. Bueno, sólo es una estadística.

Paula se bañó, arregló sus cosas, preparó tinto. Entró en la pieza del abuelo y le ofreció.

—Abuelito, le traje tintico, despiértese. Hoy se le hizo tarde, mínimo se la pasó viendo novelas, peliculero— bromeó ella, se acercó a la cama, lo fue a molestar, siempre lo hacía al encontrarlo dormido—. Despiértese, hombre, que le prepararé tinto —cuando lo tocó, dejó caer el pocillo en la mesita de noche, el café se regó en la madera oscura. Su cuerpo pálido, su piel fría. Lo movió, lo empujó, lo sacudió. Se arrodilló, comenzó a sollozar con ahogados lamentos. Tristeza.

—¡No chille, deje escuchar las noticias! —fastidió su tío.

Quiso gritarle, lanzarse a él y desahogarse de lo difícil que era vivir a su lado. Pero no podía, trató de decir algo, nada le salía, sus manos temblaban, no se podía sostener. ¡Cómo era posible que eso le tuviera que pasar a ella! El abuelo estaba sano, ¿por qué así?, ¿por qué en ese instante tan difícil? Al momento llegaron el tío y su madre, se llevaron al abuelo al hospital, pero era tarde, don Román falleció en la madrugada. Supuestamente murió por coronavirus, nadie creía eso, ninguno salió de la casa durante la cuarentena, no era posible un contagio. Eso fue lo que creyeron ellos.

—Yo sí lo escuchaba como ahogarse por las noches, no creí que fuera de eso. Como él nunca dice nada por no preocuparnos—, dijo el tío a manera de afir-

mación cuando llegaron del hospital y encontraron a Paula llorando tendida en el sofá. Pobre niña, era la que más cariño le tenía.

Al abuelo ni siquiera lo pudieron enterrar, nada de exequias, ni poder verlo, era el protocolo. Les entregaron una cajita de madera esmaltada. El abuelo, un día común y corriente decidió irse a la hora que siempre se despertaba. Luego, comenzó la zozobra, todos desempleados, Paula estudiando. ¿Quién paga los servicios? ¿quién se encarga del internet? Nunca creyeron que don Román se fuera así, de un día para otro. Paula de seguro dejaría la carrera, primero soportar el dolor de la muerte, no se podía estudiar ni vivir así; después, no tendría con qué sostenerse. Todo junto como una borrasca, sin su abuelo, sin estudio, pobre y sin oportunidades. Pero no, así no fue.

—Paula, mi papá le dejó unos ahorros para usted, para que siga estudiando—, le comunicó su tío, luego se retiró. Para él también fue difícil. Se acabaron los reproches, el líder los dejó sin sucesor.

«¿De qué me sirve tener eso?» pensaba Paula. Sólo quería tener a su abuelo para que le dijera «Hijita, no se rinda, hágale, que un lápiz pesa menos que una pala». ¿Cuántas personas no estarían pasando por lo mismo? Noches sin conciliar el sueño, llorar hasta la madrugada, hasta que duela, hasta que no queden lágrimas. ¿Cuántos no pudieron decir adiós dignamente? Ese día fue su abuelo, pero sabía que familias enteras tuvieron que despedirse a las malas de un ser querido; la estadística, Román, Clemencia, cualquiera, el número en el pico, muchos, con nombres y familia. ¿El destino? Probablemente el resumen de la vida, de saber que un día están y al otro se van, mientras los demás siguen su rutina. Ese día fue su abuelo, mañana podría ser ella.

II. ENSAYO

Cobayas humanas

Diego Alejandro Moreno Ramírez

Parece que hoy en día nadie cuestiona el papel de las farmacéuticas, se da una confianza exorbitante a los organismos de control como la Food and Drug Administration (FDA) en Estados Unidos, la European Medicines Agency (EMA) en Europa, o en el caso colombiano el Instituto Nacional de Vigilancia de Medicamentos y Alimentos (INVIMA) y, resulta un acto suicida recordar el pasado oscuro de las multinacionales farmacéuticas, en especial en estos tiempos de pandemia.

Según la Organización Mundial de la Salud (Kramer & Cameron, 1975): “Se entiende por fármaco o droga toda sustancia que, introducida en el organismo vivo, puede modificar una o más de las funciones de éste” (p. 13). Resulta conveniente sacar la siguiente conclusión para la incertidumbre entre “droga”, “medicamento” y otras palabras que se puedan considerar parecidas: “La OMS llama la atención acerca de que, según su propia definición, los conceptos de droga, fármaco y medicamento son sinónimos” (Bouso, 2003, p. 17).

Si bien la comercialización de medicamentos a principios del siglo XX, parecía una tarea relacionada con el esoterismo y las ciencias ocultas, y eran varios los que terminaban estafados por las propiedades falsas que prometían ciertos productos, esto dio pie a la creación de organismos de control que protegieran al consumidor, aunque en un inicio los filtros que tenían que pasar los laboratorios eran menores, no fue sino hasta el caso de la talidomida, un fármaco que habría sido aprobado y que servía para contrarrestar las náuseas en los primeros meses del embarazo, pero la falta de estudios del mismo y su pronta aprobación no previeron que tenía como efecto secundario, malformaciones en el feto.

Este no es el único caso trágico, pues existen miles, como la recopilación que hace Alfons Serra en su libro *Los puntos oscuros de la medicina* (1998). También el llamado “síndrome tóxico” expuesto por las investigaciones de Andreas Faber-Kayser en su libro *Pacto de silencio*, donde se comprueba el envenenamiento por organofosforados de familias españolas, auspiciados por la casa Bayer y cuya intención habría sido la prueba de armas químicas (1988). Tampoco hay que olvidar que dicho laboratorio perteneció a la Interessen-Gemeinschaft Farbenindustrie AG (IG Farben), conglomerado de compañías químicas que sirvieron a Hitler en la Alemania nazi, que desarrollaron armas químicas basadas en organofosforados como la Tabún o el Sarín, y su especial participación en el desarrollo de las cámaras de gas y la utilización de mano de obra esclava.

Aunque desde fuera parece una crueldad la experimentación con humanos, parece que desde dentro son la regla. Los organismos de control cada vez se quedan con menos voz y voto, debido al poder económico y político que las multinacionales farmacéuticas acumulan. Un economista colombiano, quien trabajó para la OMS durante veinte años, comentó que dicha organización frente al virus AH1N1 estaba tomando medidas que solo podían beneficiar a las multinacionales farmacéuticas y, tomó el ejemplo de Francia que compró 94 millones de dosis de la supuesta vacuna y solo usó 6 millones (Perilla, 2010). De hecho, no hay inversión publicitaria más rentable que la promoción de la enfermedad. No hay sociedad más paralizada que aquella que constantemente recibe estímulos que le hacen creer que su salud se escapa por donde la cisterna del baño deja escapar el líquido elemento. El miedo paraliza, nos hunde en la zozobra, nos hace perder el control y nuestra autonomía (Jara, 2009, p. 199).

Puede ser considerado suicidio el criticar la industria farmacéutica, pero es imprescindible resaltar que el objetivo altruista de curar a la humanidad pasó a ser reemplazado por el dinero y el poder, llegando a romper límites éticos, si bien poco se podría hacer en contra de una multinacional, ya sea por miedo u otras cuestiones, sí resulta importante conocer el pasado. Ya que según Santayana (2005), “Esos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo” (p. 291).¹

Referencias

- Bouso, J. C. (2003). *Qué son las drogas de síntesis*. Editorial RBA
- Faber-Kaiser, A. (1988). *Pacto de silencio*. Compañía General de las Letras.
- Jara, M. (2009). *La salud que viene*. Ediciones Península.

1 La traducción es del autor. La siguiente es la cita original: “Those who cannot remember the past are condemned to repeat it”.

- Kramer, J. F. y Cameron D. C. (1975). *Manual sobre dependencia de las drogas*. Organización Mundial de la Salud.
- Perilla, S. (4 de septiembre de 2010). “Farmacéuticas influyen en decisiones de la OMS”. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-4126956>
- Santayana, G. (2005). *The life of reason*. <http://www.gutenberg.org/files/15000/15000-h/15000h.htm#vol1>
- Serra, A. (1998). *Los puntos oscuros de la medicina*. Royland Ediciones.

La pandemia y la adaptación al cambio

Anny Natalia Cicero Riaño

Hace un año, en marzo de 2020, cuando la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró pandemia mundial por un nuevo virus de rápida propagación —la COVID-19—, la vida de la mayoría de las personas cambió. Con esto, la resistencia del ser humano y su capacidad de supervivencia, una vez más, fue puesta al límite, especialmente en Colombia, una nación en la que la sociedad no estaba tan preparada como otros países para enfrentar los cambios radicales que se venían en los ámbitos académico, social, laboral y familiar.

Con la llegada del coronavirus a territorio colombiano y las consecuencias derivadas de ello: la cuarentena, el cese de viajes, las restricciones para la adquisición o acceso a diversidad de productos y/o servicios, la virtualidad implementada para no pausar las actividades académicas y laborales, incluso el aprender a convivir tiempo completo con familiares, las actividades cotidianas presentaron una transformación, empezaron a dar lentamente un giro, así pues, en algunos casos no fue muy devastador, pero en otros, fue radical y no muy benéfico.

Tan drástico llegó a ser el cambio en varias coyunturas, que una gran cantidad de personas se quedaron sin empleo o comenzaron a trabajar de forma remota; los estudiantes, de educación básica primaria, media o superior, si tenían capacidad para adquirir equipos electrónicos y pagar el acceso a internet continuaron sus clases de forma virtual, pero para otros cuya situación económica no les permitía costear gastos adicionales e inesperados, se vieron en la necesidad de pausar sus estudios.

Cumplir las obligaciones académicas y laborales desde casa se complicó, pues no es posible concentrarse porque el vecino está escuchando música a todo volumen o discutiendo con su familia; por el ruido producido por las fábricas que están cerca a la casa y no apagan sus grandes máquinas para no pausar la producción; incluso, las personas con las que vive y comparte a diario, interrumpen a cada momento y puede que esa no sea su intención, tal vez solo procuran ser atentos brindándole un café o comida, pero en otras ocasiones, intentan entablar una conversación de forma intencional, ignorando que aquel está ocupado cumpliendo sus deberes.

Simultáneamente, lograr adaptarse a la virtualidad, coordinar con el equipo de trabajo, estar todo el día frente a una pantalla, sentir agotada la vista, lidiar con las fallas imprevistas de conexión a la red y preocuparse por la falta de dispositivos con buena conectividad o rendimiento, es bastante agotador.

Por otra parte, en las familias también se presentaron alteraciones de carácter convivencial. Los individuos se vieron en la obligación de relacionarse entre todos ellos, casi que, a tiempo completo, convirtiéndose esto en el detonante de una gran cantidad de conflictos familiares, dado que las cosas ya no eran como antes y, a ello se le sumaron problemas derivados de la dificultad económica enfrentada en varios hogares o el estrés, generado por el hecho de estar aislado de la sociedad para evitar contagio del virus. Todo este desequilibrio, afectó la tranquilidad de los hogares.

Ahora bien, aunado a lo anterior, muchos no estaban acostumbrados a una convivencia familiar permanente y, llegar a un punto en el cual debían compartir 2, 3, 4 o más personas un mismo espacio, al tiempo, sin la oportunidad de salir e interactuar con otros, puso a prueba la convivencia del núcleo familiar. Para comprender la idea con mayor claridad, se plantea el siguiente ejemplo: *El padre y la madre salían a trabajar; la señora del servicio se encargaba del hogar; el hijo mayor asistía a un centro educativo y, el menor era cuidado por la abuela*. Cada uno estaba acostumbrado a tener “su propio espacio”: salir con amigos, pasar tiempo en centros educativos o de diversión y, solamente, veían a la familia por una fracción de tiempo al día.

La pandemia aún no termina y es claro que es complicado vivir un periodo tan prolongado de cambios, pero cada quien debe enfrentarse a ellos, crear nuevas rutinas para lograr cumplir todas sus obligaciones, metas u objetivos. Nada es permanente, un día puede tener trabajo y al otro no, o si está estudiando, puede que en un mes, una enfermedad, la economía o incluso algo que se ve tan lejos y difícil que suceda, como una pandemia, le impida estudiar. También, es bueno aprender a ver a diario tanto a aquellos seres cercanos y queridos, como a familiares lejanos con quienes no hay o hubo una buena relación. Dejar atrás discordias y entablar relaciones respetuosas es recomendable por el bien propio y el de los demás.

En conclusión, esta situación es tan solo una parte del cambio que trajo la llegada de la COVID-19. Aún hay aspectos no señalados en este escrito, pero son igual de importantes a lo referido y usted, lector, puede imaginarse cuáles pueden ser. Por mi parte, le digo que todo esto deja como enseñanza que se debe ir a la par con las transiciones de la vida, los altos y los bajos; si logró adaptarse a una cotidianidad, aprender a manejar aparatos electrónicos y no dejarse quebrantar totalmente por todos los cambios vividos, también podrá hacerlo en situaciones futuras. Disfrute del presente, lo material y la compañía de los demás, pero también, aprenda de ello y piense a futuro. Por ejemplo, un ahorro o un nuevo sueño por cumplir y por el cual debe y quiere luchar no estaría mal, eso le ayudará a superar los momentos inestables de la vida.

Cambios inesperados

Steven Alejandro Villalba Caballero

La vida, según la ciencia, nacer, crecer, reproducirse y morir, pero... ¿eso es realmente todo? La realidad de la vida es más que eso, es una infinidad de oportunidades, de situaciones, emociones, y dentro de todo eso, adaptarse, luchar por un propósito y tener la idea de triunfar en un mundo que no es fácil. Constantemente estamos buscando tener una vida tranquila, llena de paz y en la que logremos todo lo que queremos. Pero claro, pasan miles de cosas inesperadas en la vida, de un momento a otro lo podemos perder todo como también podemos ganar.

Para nadie es un secreto que la vida nos dio a todos una sorpresa, durante los inicios de la “pandemia”, incluso muchas personas ni sabían cómo se llevaban a cabo las cuarentenas, ni esta “epidemia”. Todos llevábamos una cotidianidad en la que nuestra vida estaba, tal vez, destinada a la monotonía, buscando con tanto empeño dicho propósito.

En la historia han existido guerras, enfermedades y un sinfín de eventos que cambian nuestra vida directa e indirectamente, hechos que realmente no esperamos y que pueden suceder en el momento más inesperado posible. Un día cualquiera, esa monotonía terminó, se escuchó la noticia de que un nuevo virus, de dudosa procedencia, podría estar llegando a nuestro país (Colombia) y que se podría extender rápidamente en un abrir y cerrar de ojos. Creo, que todos, en algún momento, pensamos que iba a ser temporal o que a muchos no nos iba a tocar, que podría ser un invento con algún fin y, otras conspiraciones que nos hicieron poner en duda la existencia de la enfermedad.

También, nos dimos cuenta de que la enfermedad era real y que estaba más cerca de lo que pensábamos, de un momento a otro, la vida de todos cambió, cerró todo el comercio, cerraron las empresas, los colegios, las universidades, algunos lugares terminaron en bancarrota, muchas familias quedaron sin empleo, bastantes, pero bastantes personas se contagiaron del virus y, otras tantas fallecieron, muchos seres queridos ya no están con nosotros y eso también fue algo inesperado en nuestras vidas.

Pero no todo es malo, gracias a la pandemia, muchas personas desde sus casas lograron conseguir inspiración en sus vidas, encontraron una luz al final del túnel, tuvieron más tiempo para aprender nuevas cosas, realizar nuevas actividades, compartir mucho más con la familia y hasta valorar los cortos momentos de la vida. También, se generaron nuevas ideas para los pequeños emprendimientos, muchas personas lograron trascender y llegar a lo que tanto se esperó en un momento tan diferente como este.

Hemos tenido bastantes instantes de reflexión, en los que gracias a ellos, podemos darle un mejor rumbo a la vida en sí, aprender a cuidar la naturaleza, los animales, aprender más de los demás y de nosotros mismos, a darle más importancia a los pequeños momentos, algunas personas a compartir más con la familia.

Y es que la vida se trata de eso, de aprender de los errores, de mejorar y evolucionar, como seres humanos, en todos los aspectos posibles, en desarrollar una vida más cómoda para todo ser vivo en este planeta y más adelante, tal vez en todo el universo, ¿por qué no? De pronto perdimos mucho, pero también nos enriquecimos con todas estas lecciones y aprendizajes que hemos tenido a lo largo de estos meses, entender que la vida es solamente una y que tenemos una oportunidad para cumplir con ese propósito por el que tanto luchamos, comprender que para llegar a eso hay que pensar más allá de él, siento que es importante reflexionar de todos los momentos, no solo de los negativos, sino también de los positivos, ya que de las cosas buenas que pasan también aprendemos, tener esa confianza en nosotros mismos de que podremos lograr todo, disminuir esa negatividad que no nos puede destacar como personas.

Tal vez puedan ver este escrito como un regalo, o como un texto más, pero a lo que quiero llegar con esto, es que a las diferentes situaciones siempre podremos verles el lado positivo, la parte que nos enseñan, ese lado que tal vez no todos vemos siempre, pero es con el cual podremos ser mejores como seres humanos, como sociedad, y eso es lo que finalmente cuenta, además de lograr ese propósito, también es importante dejar un legado, el mismo por el que vamos a evolucionar y vamos a crecer juntos. Todo momento difícil pasará, llegaremos a la calma y, muy posiblemente, a otro cambio inesperado, busquemos el trasfondo que nos hace cambiar.

Desafíos para el currículo en la pandemia y post-pandemia

Alex Dueñas Peña

La educación responde a la demanda social en lo que respecta a la formación de personas con conocimientos, habilidades y valores; es decir, con competencias inmersas en los aspectos de tipo cognitivo, procedimental y actitudinal que al momento de interrelacionarse logren desempeños eficientes en entornos no solo laborales, sino también familiares y sociales, y que contribuyan al crecimiento económico, y el desarrollo familiar y social (Tobón, 2005). Así mismo, desde el Ministerio de Educación Nacional se afirma que el reconocimiento de los cambios presionados por el proceso globalizante hace que la competencia tenga expiración en el tiempo y, por tanto, se articula de forma dinámica a los cambios causados por los avances tecnológicos, científicos y empíricos que le dan fundamentación, potencialización y promoción en el contexto empresarial y social en general; además, se indica que la competencia tiene una vigencia en el tiempo que es dinámica en función de los cambios tecnológicos y científicos que la fundamentan y de las situaciones que la promueven o la potencian; por eso, una articulación directa con el mundo del trabajo es clave para la identificación y validación de competencias laborales. También se apunta a que la competencia debe poder evidenciarse mediante comportamientos observables, suficiencia en conocimientos o desempeño adecuado (MEN, s.f.).

Se evidencia que el futuro de los proyectos universitarios y sus productos, entendidos estos como los programas profesionales que se ofertan, entre otros, tienen una relación directa con la capacidad de responder con urgencia a los cambios y demandas del sector productivo y la sociedad en general. El reto es aún más exigente, cuando el proceso globalizador está acompañado de exigencias de co-

nocimientos y nuevas tecnologías para pervivir con una cultura promovida por la pandemia del coronavirus que ha llevado a reconocer, sin importar la edad, que es posible traspasar fronteras y así mismo, articularse con una serie de costumbres, culturas y sistemas de educación, imponiendo el reto de asumir compromisos de adaptación que van más allá del ámbito geográfico.

Las instituciones comprometidas con la formación de profesionales integrales, para que sus egresados tengan oportunidades en el sector productivo, al igual que de su desarrollo personal y profesional, están obligadas al aprendizaje, el entendimiento y la comprensión de los cambios promovidos por el mundo posmoderno, acompañado de exigencias de una pandemia y, asumir de manera ética y profesional los lineamientos, o condiciones mínimas de calidad, que en el caso colombiano, prevén aspectos que van desde el carácter institucional, la infraestructura y el funcionamiento hasta su proyección e impacto social, cultura investigativa y pertinencia en un contexto globalizado.

El contexto referido conduce a pensar en las certificaciones de cualificación profesional que se emiten desde las instituciones y, cómo estas sí representan las necesidades del contexto mundial, regional y empresarial. Si antes de la pandemia por el coronavirus se discutía acerca de las deficiencias del sector educativo en comparación con las exigencias reales, toda vez que a la hora de desarrollar y fortalecer las capacidades pertinentes con las que se podía garantizar la vinculación a procesos laborales se encontraban dudas (García y Sempértegui, 2018), entonces, cómo será en estos momentos de pandemia-pospandemia que ha dejado y, sigue generando exigencias de formación pertinente, que quepa dentro de lo que el MEN considera debe ser un programa académico profesional con calidad, que dé cuenta de “Un conjunto de atributos articulados, interdependientes, dinámicos, contruidos por la comunidad académica como referentes y que responden a las demandas sociales, culturales y ambientales” (*Decreto 1330*, sección 1, p. 4).

Ante el panorama actual y con base en las herramientas conceptuales propuestas en las políticas públicas en educación, tanto del marco nacional como internacional, parece indicar que un camino es el de fortalecer las competencias genéricas o transversales, toda vez que son las que ayudan a articular a quienes desarrollan profesiones de diferente área del conocimiento a contextos cambiantes, a partir de la observación desarrollada a través de los sentidos para auscultar, analizar, evaluar y dar soluciones a problemas del entorno en situaciones nuevas (MEN, s.f.). Al respecto, el estudio realizado por el Proyecto Tuning para América Latina identifica 27 competencias genéricas pertinentes para la geografía latinoamericana, que bien merecen dedicarle atención particular. En este orden, cabe resaltar la máxima de la OCDE (2012) expuesta en Corcino *et al.* (2021) en lo referente a que en un mundo que cambia a pasos agigantados, la Educación

Superior tiene una responsabilidad igual al tamaño de los cambios, por lo que debe ser consciente de la demanda de competencias cognitivas e interpersonales y de competencias de mayor nivel general obligándolas a “recopilar evidencias sobre la demanda de competencias presentes y futuras con las cuales elaborar programas de estudio actualizados” (p. 32).

De otra parte, recordar a las universidades de la existencia del área flexible o electiva, la cual se integra en los programas profesionales precisamente para atender la actualización permanente de los mismos; aquí está otro camino para afrontar los requerimientos presentes en lo que a actualización expedita, práctica y eficaz se refiere, teniendo en cuenta que son asignaturas para fortalecer el componente profesional, así como la formación integral a la luz de los intereses propios de disciplina o ciencia que forma el programa. Para hacer uso de esta área electiva, en función de actualizar el programa, es solo voluntad política de quienes gestionan el currículo, como quiera que los cambios propuestos no requieren engorrosos trámites con el MEN, aseveración que se hace a partir del reconocimiento de la normatividad legal vigente expresa en el Decreto 1330 de 2019 que en el capítulo 10 expone los casos de aviso y permiso del MEN cuando se ajusta la propuesta curricular con la que fue otorgado el respectivo registro calificado, así las cosas, solo es investigar sobre los aspectos relacionados con las tendencias de las ciencias y disciplinas contenidas en el programa y, aportar la cuota de actualización a través de los créditos que contiene esta área. Entonces, la pregunta que queda es ¿Cuáles son las nuevas tendencias que promovió la pandemia y que se deben tener en cuenta para la actualización de la propuesta curricular?

Referencias

- Beneitone, P., Esquetini, C., González, J., Maletá, M. M., Siufi, G., y Wagenaar, W. (Edits.). (2007). *Reflexiones y perspectivas de la educación superior en América Latina: informe final, proyecto Tuning América Latina 2004-2007*. Bilbao: Publicaciones de la Universidad de Deusto.
- Corcino B., F. E., Chamoli F., A. W., Otalora-Martínez, C. R., y Melgarejo F., M. D. P. (2021). “El modelo sistémico de aprendizaje y enseñanza, como apoyo en la inserción laboral”. *Revista de Investigación Valdizana*, 15(1): 31-40. http://diu.unheval.edu.pe/revistas/index.php/riv/issue/view/78/riv_v15n01
- García-Blanco, M., y Sempértegui, E. B. C. (2018). “La inserción laboral en la Educación Superior. La perspectiva latinoamericana”. *Educación*

XXI, 21(2). <http://revistas.uned.es/index.php/educacionXXI/article/view/16209>

Ministerio de Educación Nacional. (25 de julio de 2019). Decreto 1330. “*Por el cual se sustituye el Capítulo 2 y se suprime el Capítulo 7 del Título 3 de la Parte 5 del Libro 2 del Decreto 1075 de 2015 -Único Reglamentario del Sector Educación*”. Bogotá.

Ministerio de Educación Nacional (s. f.). Fundamentos conceptuales. <https://www.mineduacion.gov.co/1621/article-299611.html>

Tobón, S. (2005). *Formación basada en competencias. Pensamiento complejo, diseño curricular y didáctica*. Bogotá: ECOE.

La emergencia sanitaria por la que atravesamos ha llevado a cambios de rutinas, de métodos de estudio, de formas de aprender y des-aprender, de descubrir y comprender, de vivir y relacionarnos que precisan la creación de un espacio para expresar puntos de vista, narrar historias, intercambiar ideas, materializar líneas de pensamiento, imaginar otras posibilidades y reflexionar sobre esta experiencia trascendental que nos compromete a todos.

Vivir en tiempos de pandemia compila los cuentos y ensayos ganadores del Concurso Institucional de Escritura liderado por el Centro de Escritura Telar en el marco de la Semana de la Diversidad Lingüística, los cuales son un ejercicio reflexivo y creativo en torno a la situación sanitaria que atravesamos y que ha modificado radicalmente y de forma permanente nuestra cotidianidad.



ISBN: 978-958-5198-08-1